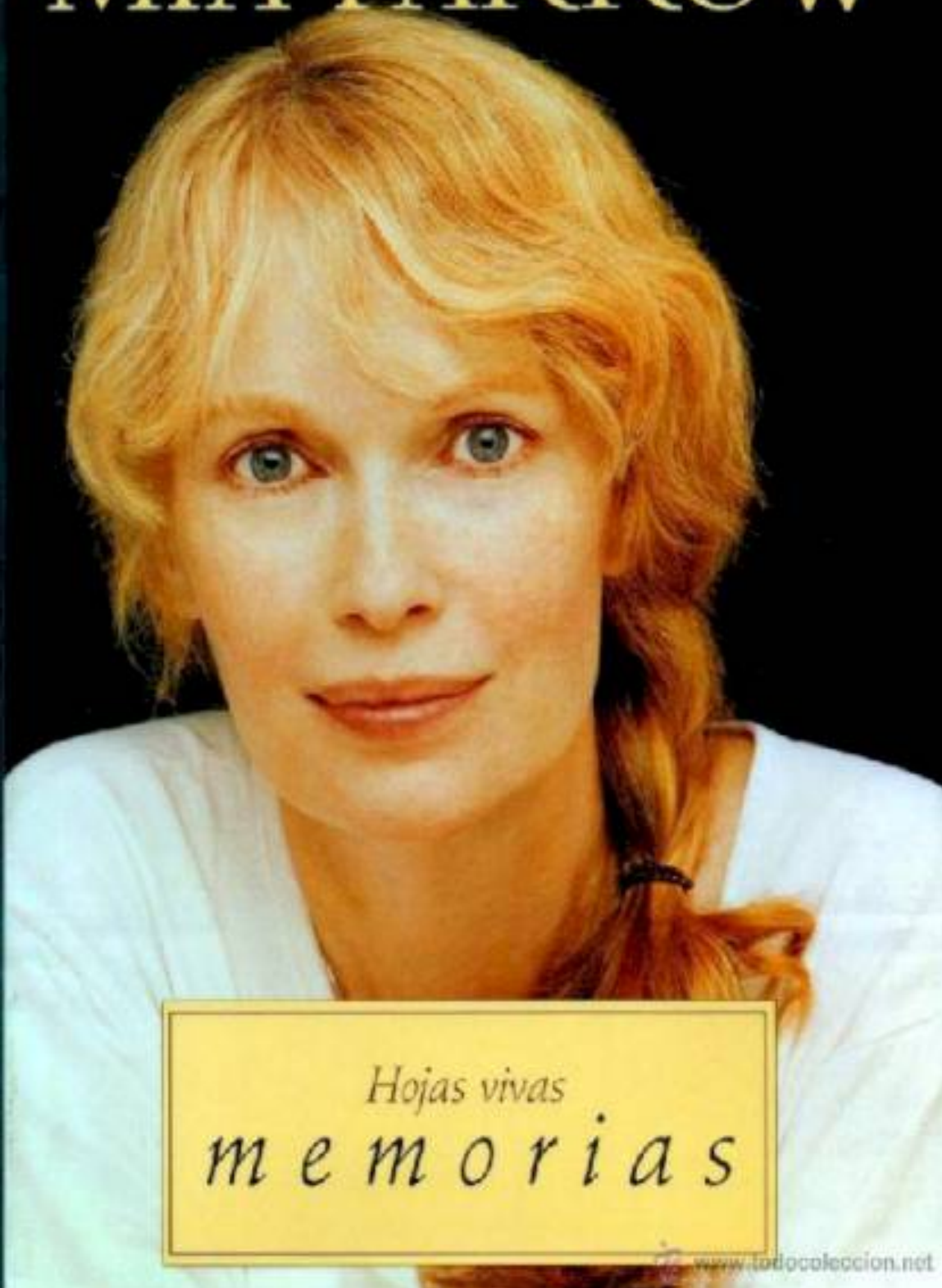


MIA FARROW



Hojas vivas
m e m o r i a s

MIA FARROW

Hojas vivas

Traducción de Dolores Callan

Ediciones B

Sinopsis

Residía en Beverly Hills, un lugar idílico pero alejado de la realidad. Su madre era una reina del celuloide y su padre parecía la encarnación del héroe romántico: probable bastardo de un rey, ex navegante por los Mares del Sur, escritor y director de cine. Louella Parsons, la columnista que aterraba a los famosos, fue su madrina. Cuando apenas levantaba unos palmos del suelo, John Wayne la aupó a su silla de montar. No obstante, como en el cuento, no faltó el mal trance que enturbiara esta atmósfera de ensueño: la enfermedad quebró su niñez y las peleas entre el señor y la señora Farrow fueron subiendo de tono a medida que pasaba el tiempo. Charles Boyer le dijo: 'Tendrás una vida fantástica pero difícil', y así fue. Perder a su padre significó el adiós a los estudios y el inicio de su carrera como actriz de teatro, y Mia, que llevaba el arte en las venas, se abrió paso en el mundo del espectáculo hasta triunfar con *La semilla del diablo*. Tenía sólo diecinueve años cuando Frank Sinatra se enamoró de ella, y veintiuno cuando se divorciaron. El

sentimiento de fracaso la llevó al Himalaya y la meditación le deparó curiosas experiencias. El matrimonio con André Previn le dio tres hijos biológicos y la clave de su destino: adoptar criaturas desamparadas para formar con ellas una familia basada más en el amor y la compasión que en los lazos de sangre, la igualdad de los credos o el color de la piel. Tras el segundo divorcio, tenía treinta y cinco años y media docena de hijos, pero ningún hombre con quien compartirlos. Entonces comenzó a cortejarla un artista genial y estafalario. Los doce años de relaciones personales y profesionales con Woody Allen culminaron con un suceso de tintes escabrosos y el correspondiente litigio, que levantó el interés de los medios de comunicación y convirtió en odisea la vida cotidiana de la familia Farrow. Apenas rebasado el medio siglo de vida, esta mujer de aspecto frágil ha resurgido a menudo de sus propias cenizas y nos entrega ahora estas Hojas vivas como testimonio de una vida dispuesta a empezar una y otra vez.

Título Original: What Falls Away

Traductor: Callan, Dolors

©1997, Farrow, Mia

©1997, Ediciones B

ISBN: 9788440672445

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 22/04/2018

Mia Farrow

Hojas vivas

—Memorias—

Título original: What Falls Away

Traducción: Dolors Callan

1.ª edición: febrero 1997

1.ª reimpresión: abril 1997

© 1997 by Mia Farrow

© Ediciones B, S.A., 1997

A propósito de la traducción de Alberto Girri de «El despenar», no habiendo hallado razón de los herederos, la editorial pone los derechos a su disposición en caso de que se dieran a conocer.

Printed in Spain

ISBN: 84-406-7244-6

Depósito legal: B. 14.617-1997

A mi madre y a mis hijos
que han permanecido a mi lado,
y a mis nietos y bisnietos
a los cuales tal vez nunca llegaré a conocer

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias, por el aliento y la fe que me han transmitido a lo largo de los años, a Mike Nichols, Lynn Nesbit, William Goldman, Maria Roach, Leonard Gershe, Prudence Yarrow, Maureen O'Sullivan, Tisa Farrow, Nancy Sinatra, Casey Pascal, Nan Tálese, Eric Lax, Susan Kinsolving y, en especial, a Rock Brynner.

THE WAKING

I wake to sleep, and take my waking slow.
I feel my fate in what I cannot fear.
I learn by going where I have to go.
Who think by feeling. What is there to know?
I hear my being dance from ear to ear.
I wake to sleep and take my waking slow.
Of those so close beside me, which are you?
God bless the Ground! I shall walk softly there,
And learn by going where I have to go.
Light takes the Tree; but who can tell us how
The lowly worm climbs up a winding stair;
I wake to sleep and take my waking slow.
Great Nature has another thing to do
To you and me; so take the lively air,
And lovely, learn by going where to go.

This shaking keeps me steady. I should know.
 What falls away is always. And is near.
 I wake to sleep and take my waking slow.
 I learn by going where I have to go.
 THEODORE ROETHKE

EL DESPERTAR

Me despierto para dormir, retardo mi despertar.
 Siento mi destino en lo que no puedo temer.
 Yendo aprendo dónde debo ir.

Pensamos sintiendo. ¿Qué hay allí para conocer?
 Escucho a mí ser danzar de un oído al otro.
 Me despierto para dormir, retardo mi despertar.

De entre aquellos tan cercanos a mí, ¿quién eres tú?
 ¡Dios bendiga el Suelo! Andaré con suavidad allí,
 Y yendo aprenderé dónde debo ir.

La luz toma el Árbol; ¿pero quién puede decimos cómo
 El humilde gusano sube por una escalera de caracol;
 Me despierto para dormir, retardo mi despertar.

La gran Naturaleza tiene otra cosa que hacer
 De ti y de mí; toma entonces el aire vivaz,
 Y yendo aprende, bella, dónde ir.

Este temblor me conserva firme. Debería saberlo.
 Lo que decae está siempre. Y cercano.
 Me despierto para dormir, y retardo mi despertar.
 Yendo aprendo dónde debo ir.

THEODORE ROETHKE

1

MI INFANCIA acabó cuando tenía nueve años. El día antes,
 sábado, habíamos celebrado mi cumpleaños, y no fue un

acontecimiento feliz para mí. Por el jardín de la casa había un bullicio de niños ruidosos y sanos, y yo vivía la escena con la misma sensación con que se me venía presentando todo durante las semanas previas: de que lo observaba todo desde una gran distancia. Mi madre me había llevado a varios médicos, pero no habían podido determinar la causa de la fatiga y el insomnio que me aquejaban.

Ese día de la fiesta de mi noveno cumpleaños estaba ya pues acostumbrada al cansancio. Tampoco me resultaba extraño el sentir dolor al moverme, de modo que permanecía sentada en una pared baja mirando cómo jugaban mis amigos a la pelota. Cuando ésta chocó contra los ladrillos, bajo mis pies, todos gritaron: «Chútala, venga, deprisa», y aunque recuerdo claramente que pensé que no debía hacerlo, me bajé de la pared. Caí tendida en el suelo, atenazada por un horrible dolor en las piernas, en la espalda y en el cuello. Mortificada, traté de reír mientras mis amigos se apiñaban a mi alrededor. Era mi cumpleaños y yo no podía ni siquiera levantarme. Entonces Eileen, nuestra cocinera irlandesa, y una de las dos niñeras, no recuerdo si fue Barbara o Lucille, me llevaron a la cama, donde me quedé quieta y callada, escuchando los ruidos de la fiesta que se desarrollaba más allá de mi ventana.

Al día siguiente era domingo, y por aquella época, los años cincuenta, era un pecado mortal no ir a misa, pero volví a caer al suelo.

Me dolía todo. No fue buena señal que al entrar en el cuarto, nuestro pediatra, el doctor Shirley, no sonriera siquiera. Su hija Becky iba todos los días al colegio conmigo en el mismo autobús, pero esa mañana él me enseñó una jeringa con una aguja muy larga y me explicó que iba a clavármela en la columna para extraer fluido y poder averiguar qué me pasaba; un drenaje medular, me dijo que se llamaba. A mí me dieron ganas de vomitar; no tenía ni la más remota idea de que tuviera fluido en la columna.

Tuve que doblar el cuerpo formando un ovillo para que pudiera llegar bien hasta el interior de la médula. Mi madre dijo que ella también había tenido que hacer algo pareci-

do, cada vez que iba a tener un hijo —siete veces en total—. Pero yo tenía nueve años y no quería ningún hijo. No quería pasar por aquello. Consideraba al doctor Shirley uno de los hombres más atractivos del círculo de amistades de mis padres y me incomodaba mucho tener que estar como una bola delante de él con una aguja clavada en la columna. No me hacía ninguna gracia que me viera en camiseta y menos aún oírle respirar tan cerca. Cerré con fuerza los ojos; tardaba una eternidad y me hacía mucho daño. Repasé los Diez Mandamientos, los Siete Pecados Capitales, todas las tablas de multiplicar y los planetas, comenzando por Mercurio. Aun así, en todo el rato no paré de pensar: «Que no me muera, que no me muera.»

Después, el doctor Shirley acabó de sacar el fluido y tuvimos que esperar. En la habitación de al lado se oía el murmullo apagado del rezo del Rosario. Al lado de mi cama había un precioso baúl de madera en miniatura con flores y pájaros pintados, en cuyos cajones guardaba mis tesoros: mi libro de oraciones de la Primera Comunión con sus upas nacaradas, algunos ojos de muñeca, un trozo de cáscara de huevo azul, casi todas las piezas de mi primer reloj, incluida la correa extraíble que podía llevar sola como una pulsera, una pluma de loro de México, una bala de plata auténtica, el caparazón seco de una tortuga que se me había muerto, un estuche con pluma y bolígrafo que eran demasiado buenos para usarlos, la chincheta que me había clavado mi hermano Johnny en el pie mientras estaba dormida, tres monedas irlandesas, un abanico pintado, un escarabajo diseado y el diente de Billy, nuestro perro pastor. No recuerdo bien todos los detalles, pero sé que seleccioné los tesoros en función de las preferencias que cada uno de mis hermanos podría tener, distribuyéndolos en seis montoneros equitativos, los de los mayores a la izquierda... Entonces la sirena de una ambulancia apagó el sonido de las oraciones de mi familia.

El doctor Shirley entró y, sin mirarme a los ojos, me cogió en brazos y me sacó de la habitación, pasando junto a mi madre, que contaba muy animadamente que ella siempre

había ido en ambulancia al hospital para tener a sus hijos. Oí que el médico le decía: «Mejor que queme todo eso», refiriéndose a los seis montoncitos, provistos todos de una nota. No vino a despedirme nadie. Quizá mis hermanos me dijeron adiós desde la ventana, pero yo no miré para verlo. Mi padre, mi madre y yo nos dirigimos en la ambulancia al pabellón público de enfermedades contagiosas del Hospital General de Los Ángeles. Yo apretaba la mano de mi madre mientras por la ventana de atrás veía desfilan unos altos y grises edificios. Nunca había visto el centro de Los Ángeles hasta entonces. No se parecía en nada a Beverly Hills. Después de entrar en el hospital, me separaron bruscamente de mis padres, sin ninguna explicación, y me llevaron en camilla a un ascensor. Fue entonces cuando me vine abajo. Grité sin cesar hasta llegar a una gran sala donde había unos cubículos con cortinas y montones de niños, todos en camillas, todos gritando como yo. Una enfermera que llevaba mascarilla me dijo en voz baja: «Cállate, no haces más que empeorar las cosas a todos.» Pero yo estaba completamente aterrorizada. Vomité. Me dolía todo... la espalda, el cuello, las piernas, los brazos y el pecho; me producía dolor incluso respirar.

Abajo, alguien informó finalmente a mis padres de que el segundo drenaje medular había confirmado el diagnóstico de polio. No los vi hasta dos días después, a la hora de las visitas, un intervalo de veinte minutos, tres veces por semana, a través del cristal de la ventana que había al fondo de mi habitación. Para entonces me había transformado en una persona distinta.

Las enfermeras y los médicos llevaban ropa protectora y mantenían el mínimo contacto conmigo. Siempre parecían ocupados, cosa por lo demás cierta, y a algunos se les notaba que tenían miedo de sus pacientes. ¿Quién podía reprochárselo? Corría el año 1945 y la polio causaba estragos por todo el país. Siendo así que nadie sabía cómo se propagaba, la gente no iba al cine ni a las piscinas públicas por temor a los gérmenes. Nosotros, sin embargo, vivíamos en Beverly Hill teníamos nuestras propias

salas de proyección y nuestras propias piscinas. Aunque a menudo me preocupaba la lepra, nunca pensé que pudiera contraer la polio.

Pese a que en principio el pabellón era exclusivamente infantil, en los pulmones de acero que flanqueaban los pasillos debían de poner también a algunos adultos, porque por la noche oía jadeos y gritos de hombres. Cuando me tocó a mí estar en el pulmón de acero, no paré de gritar «Estoy bien. Ya me encuentro bien, por favor», pero no vino nadie, y allí dentro uno no puede ni rascarse la nariz.

En mi sala había cuatro camas y una cuna que ocupaba una niña de unos dos años, con rizos castaños, una pacífica criatura que nunca emitía ningún sonido, salvo algún leve lloriqueo. No recuerdo haberla visto moverse en ninguna ocasión. Una noche se encendieron las luces y corrieron las cortinas que rodeaban la cuna; los médicos y las enfermeras se concentraron con prisas en ese rincón, hablando en voz alta. Yo me tapé la cabeza con las sábanas y procuré imaginar que estaba en otro sitio, pero no era fácil oyendo esas terribles voces que resonaban en la sala. A la mañana siguiente la cuna estaba vacía y a partir de entonces tuve que apartar de mis recuerdos a esa pacífica niñita.

Las noches eran lo más duro. Empecé a dormir con la cabeza tapada bajo las sábanas todo el tiempo. La cama de Cathy estaba frente a la mía. Tenía diez años y no lloraba como yo, aunque tuviera dolor, excepto una vez en que no fue nadie a verla a la hora de las visitas. Cathy tenía una valentía tremenda, y yo hice lo posible por parecerme a ella.

Mi vida en el hospital entró en una rutina cotidiana. Con mi mejoría, llegaron los tratamientos con paños calientes, distribuidos en tres sesiones al día, absolutamente aborrecibles, y más tarde, la terapia con agua, que casi resultaba divertida. Cuando me dieron por equivocación un par de pijamas de chico con un estampado de coches de bomberos, en lugar de aquellas humillantes batas abiertas por detrás, los llevé durante una semana y escondí el camisón limpio que traían a diario debajo del colchón. Ese pequeño deta-

lle me sirvió para sentir que tenía control sobre algo y me elevó mucho la moral.

Los días transcurrieron sin apenas variaciones hasta que una tarde, con el plato de puré de patatas frío todavía en mi bandeja, me apoyé en las manos del médico y, con las piernas temblorosas y la mirada fija en su cara de aburrimiento, me puse de pie.

Eso no significaba, sin embargo, que pudiera irme a casa. Cada día me hacían intentar un par de cosas más. Levantarme y poner las palmas de las manos encima de las del doctor y después probar a ponerme de puntillas sin hacer ninguna presión sobre las manos del doctor. Un buen día conseguí hacerlo... lo hice, aunque todavía sentía dolor. También conseguí tocarme el pecho con la barbilla, otro de los requisitos para poder volver a casa y que me costó bastante llegar a cumplir. La expresión del médico no cambió en lo más mínimo... pero dos días después mi padre vino para llevarme a casa.

Me llevó hasta el coche, y allí un par de fotógrafos que esperaban fuera me pidieron que saludara. Todavía conservo el recorte del periódico. En la foto se ve a una niña delgada y feliz en brazos de un padre con evidente expresión de alivio. Mi madre no aparece en la fotografía. No vino a visitarme al hospital esa última semana y tampoco estaba en casa cuando llegué. Me dijeron que estaba en otro hospital descansando, y yo no supe a qué se referían. ¿Por qué no podía descansar en casa? ¿Qué clase de reposo especial necesitaba? Sentí el temor, profundo e inexpressable, de que le hubiera contagiado la polio a ella y también a toda mi familia y amigos.

A mi regreso, estaban pintando la casa y había trabajadores y escaleras por todas partes. Habían retirado las alfombras, vaciado la piscina, renovado el césped y la tapicería de los muebles. Se habían deshecho de nuestro perro, Billy (nieto de la célebre Lassie pero portador de moscas y microbios), y mis hermanos se habían trasladado a la casa de veraneo de Malibú. No me dejaron verlos ni a ellos ni a otros niños durante meses, pero desobedeciendo las órdenes de su

padres y los míos, mi valiente amiguita y vecina, Maria Roach, se acercaba a mi ventana para charlar conmigo y animarme. Maria y yo hemos sido amigas desde pequeñas; fue fabuloso que viviera en la casa de al lado.

Durante mi permanencia en la cama, leí Jane Eyre, Las aventuras de Tom Sawyer, El jorobado de Nôtre-Dame, El secuestrado, La Isla del Tesoro, Belleza negra, Grandes esperanzas, The Little Lame Prince, tres volúmenes de biografías de santos y todos los tebeos que compraban mis padres.

En septiembre volví al colegio, pero sólo por las mañanas, hasta después de Navidades porque me cansaba enseguida. Debido a mí, todos los invitados a la fiesta de mi décimo cumpleaños tuvieron que soportar la primera vacuna experimental Salk, que se componía de una serie de tres dolorosas inyecciones. Mis compañeros de curso debieron de oír seguramente conversaciones inquietantes en sus casas, porque muchos de ellos se mantuvieron apartados de mí al principio.

Soy incapaz de describir con exactitud cómo era yo entonces. En conjunto me parecía bastante a la que soy ahora: un par de ojos sobre un cuerpo de palo, un ser humano similar a la mayoría de seres humanos, siempre tratando de comprender, necesitada de dar y amar, sin atreverme a concebir grandes expectativas (y albergando a la vez demasiadas), llena de inseguridad e incapaz de protegerme ante el dolor. Si bien la polio marcó el final de mi infancia, también me dejó una incipiente capacidad para la supervivencia. Descubrí que sea cual fuere la magnitud de lo que uno pierde, por lo general siempre puede elegir la actitud que adopta frente a ello. Si una dispone de salud, un poco de valor e imaginación, cuenta con los recursos internos necesarios para construir una nueva vida, tal vez incluso mejor que la anterior. Advertí lo frágil que es la estructura de nuestra vida y la facilidad con que podemos quedar desconectados de ella y vernos arrojados a un territorio de incertidumbre, miedo, dolor y muerte. Aprendí que realmente no se puede poseer nada, que uno sólo posee de verdad

algo en el momento en que lo da. También aprendí un poco sobre la amistad y su poder para iluminar el más oscuro de los abismos.

Desde un distante fragmento en una porción indefinida de la mente de Dios se me ofreció la ocasión de ver una tierra diferente, un orbe gigantesco que conformaba con alaridos su larga sinfonía de dolor... todos los sonidos de la angustia de los mortales, entre el silencio y la indiferencia de las estrellas. Así desapareció mi infancia, y la inocencia y la inconsciencia quedaron sustituidas por un poderoso e imborrable conocimiento. Y tras el conocimiento viene la responsabilidad...

Esta conciencia y este saber han sido el eje de mi vida.

El caserón gris donde transcurrió la infancia de mi madre está rodeado de un paisaje ondulante donde confluyen los ríos. Es el recuerdo más prolongado que conservo de mi primera niñez. Yo tenía tres años y era verano en el oeste de Irlanda.

Éste es, sin embargo, el recuerdo de una tormenta, una tormenta que me había helado el corazón partiendo el cielo sobre Roscommon, vomitando una violenta lluvia que aporreaba la vieja casa en la que me hallaba, sentada muy tiesa en una cama desconocida.

Por la ventana, más allá de la pared que rodeaba el jardín, veía temblar durante breves instantes, a la intermitente luz de los relámpagos, las negras turberas y los turbulentos ríos. Los árboles se combaban bajo el azote del viento que se colaba por las chimeneas y circulaba por los oscuros pasillos. La vieja casa suspiraba y gemía.

Entre estos sonidos, oí con sobresalto la voz de un hombre.

—¿Por qué lloras... una niña tan grande como tú?

Estaba en la puerta, con una vela en la mano. La luz danzaba con enloquecidos saltos sobre las blancas paredes de la habitación. El hombre llevaba bigote... el primero que yo había visto en mi vida.

La mano que no sostenía la vela estaba sujeta por un cablestrillo negro y su cara, hermosa a la luz de la vela, era la más triste que yo había visto nunca.

—Quiero a mi mamá. Tengo miedo.

—Déjala que duerma —dijo apesadumbrado—. Está cansada.

—¿Eres Jesús? —le pregunté.

—Oh, no —contestó— Soy tu abuelo.

Al igual que hacía mi madre, Eileen Taylor, la cocinera, me contaba historias de Irlanda, escalofrantes, contundentes y hermosas, que evocaban cosas remotas y a la vez por suceder. Eileen, una mujer afectuosa y perspicaz de pómulos altos y rostro agradable, era mi gran aliada en el mundo de los adultos. Casi todas las tardes tomábamos té en la cocina de los «mayores», ella con una taza normal y yo con una réplica en miniatura de la suya. Al acabar, me decía la buenaventura mirando las hojas de té que habían quedado en el fondo de la taza. Por las mañanas, mientras esperaba el autobús del colegio Marymount

sentada con ella junto al ventanal del salón, escuchaba sobre cogida sus relatos en los que intervenían la banshee¹, el guerrero Cuchulain; las hadas que habitaban en los bosques y en la parte más aleja del jardín. Otros versaban sobre rocas con poderes mágicos, niños que desaparecían de los campos empapados de lluvia o de sus habitaciones, casas iluminadas con candiles, provistas de incontables habitaciones, en las que hacían diabluras los fantasmas. Junto a esos cuentos, y sin aparente contradicción, me contaba historias de la vida de Jesús, sus milagros, la cruz, los clavos, la corona de espinas, un sufrimiento inabarcable, y superándolo todo, la resurrección presidida por un júbilo de ángeles; ¡qué esplendor y qué misterio impregnaban todos aquellos episodios!

«Ya estoy añorando mi casa», decía yo cuando llegaba el autobús.

En el autobús reinaba con todo un ambiente de alegría, las niñas cantaban canciones como Put Another Nickel y Good Night, Irene, y al final yo también me ponía a cantar.

Me daban miedo las monjas del colegio. Este temor a las monjas perduró, en mayor o menor grado, los trece años

de mi asistencia a colegios católicos. No sé cómo habría sido mi vida de no haber tenido miedo a tantas cosas. En mi asiento de ese autobús escolar, barajaba miedos (sin seguir un orden concreto) a las amputaciones, las monjas, Dios, el demonio (el que más), algunas enfermedades (la lepra en especial) y mis niñeras (todas, incluso Mary Red Socks, que sólo venía los fines de semana). Vivía con la aprensión a hacer o decir algo que hiciera disminuir el amor que mi padre y mi madre sentían por mí, a que pudieran morir mis padres o mis hermanos, a las aspiradoras, a matar a alguien, a perderme, y a los adultos en general..., sin incluir, claro está, a Eileen, ni a Jess el jardinero ni a nuestro vecino, el señor Boyer.

Los nueve primeros años de mi vida los pasé en Beverly Hills, California, en una casa de estilo rancho, dispuesta en herradura en torno a un patio de ladrillo en cuyo centro había un estanque de azulejos con peces. Me encantaba observar a los peces dormitando al sol o encabullándose veloces en el cieno entre los lirios de agua. Con cuatrocientos metros cuadrados, nuestro jardín era grande en comparación con la media de Beverly Hills; había en él una profusión de naranjos, limoneros, magnolios, bananos y olivos y cantidad de macizos de flores. Teníamos que vigilar las salidas de riego cuando corríamos descalzos sobre los amplios retazos de primoroso césped.

Más allá del límite derecho de nuestra finca se iniciaba la propiedad, aún más extensa, de Hal Roach, productor de Our Gang y de las películas del Gordo y el Flaco, que proyectaba para nosotros en ocasiones especiales en el sótano enmaderado de roble de su espléndida mansión, que nada tenía que envidiar a Tara². Próximo a cumplir los sesenta había tenido tres hijas, la mayor de las cuales era mi mejor amiga, María. Los dos jardines estaban separados por una valla muy fácil de saltar y una franja de árboles que para nosotros era comparable al bosque de Sherwood. Su piscina era mucho más lujosa que la nuestra o, a decir verdad, que la de cualquiera. Era de dimensiones olímpicas y esta-